



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

LAS VOCES SILENCIOSAS DE LA PACHAMAMA

YURI WLADIMIR ROJO GALLEGUILLOS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

PROFESOR GUÍA: RAÚL RODRÍGUEZ ORTIZ

**SANTIAGO DE CHILE
JULIO 2018**

Agradezco a Dios, a mis padres María y Vladimir, a mi pareja Marcela y mi hijo Jorgito, a mi familia, amigos, colegas y ex compañeros de universidad por estimularme en lograr este desafío.

Un agradecimiento especial a la Universidad de Chile por esta oportunidad de culminar un largo camino, y al profesor guía, Raúl Rodríguez, por su paciencia, dedicación y consejos para dar este importante paso profesional.

ÍNDICE

LAS VOCES SILENCIOSAS DE LA PACHAMAMA

CAPÍTULO 1: CONCHI VIEJO: TIERRA DE COBRE Y RELIGIÓN

- La casualidad como punto de partida.....8
- Patrimonio, el amigo incógnito.....9
- Desde Conchi Viejo a Talabre.....13

CAPÍTULO 2: CONCHI Y SUS VIEJAS HISTORIAS

- El negocio de oro con Hollywood.....16
- El amigo que hablaba con las piedras.....20
- Taira, la “niña rebelde” de Conchi.....22
- María y sus cabras porfiadas.....27
- Un tesoro andante.....29

CAPÍTULO 3: LASANA, DONDE DANZAN LAS MANOS

- La esperanza del agua de mar.....31
- Un arte sano como modo de vida.....34
- La influencia cultural del telar.....35

CAPÍTULO 4: LA FABRIQUERA Y EL SEÑOR DE LAS MOMIAS

- El patrimonio como razón de ser.....40
- Chiu Chiu, epicentro del catolicismo.....48
- Herencia desde hace 200 años.....53
- Cristina, ¿cuáles son los “tesoros” de esta iglesia?.....55

CAPÍTULO 5: TESOROS DE TODA UNA VIDA

- Pueblos de extremos.....57
- Elena pero sin Troya.....59
- Tesoro Humano Vivo.....63

· El pueblo que duerme abrazado a un volcán.....	65
· Evangelista, tejedora de sueños y futuro.....	68
· La última página de Leandro Aymani.....	71
BIBLIOGRAFÍA.....	72

LAS VOCES SILENCIOSAS DE LA PACHAMAMA

El desierto de Atacama, el más árido del mundo, es un florido vergel de tesoros humanos y poblados que parecen congelados en el tiempo, cuyo patrimonio merece ser revelado para un país que, generalmente, apenas valora estos territorios por ser una fuente de riqueza minera o de oportunidades económicas.

Con este espíritu de redescubrir este pedazo de Chile que permanece anónimo, silente para muchos, inicié una aventura periodística por las áreas indígenas de Alto Loa y Atacama La Grande, al interior de la Región de Antofagasta, recogiendo historias de hombres y mujeres que aún conservan costumbres ancestrales, tradiciones que se niegan a morir, y cuyo legado merece ser conocido y compartido en vida.

Esta crónica que se impregna del pasado, presente y futuro de estos personajes busca también preservar el patrimonio inmaterial de estas comunidades, en el entendido de que debe existir un proceso que enlace en forma sincrónica su investigación, estudio, enseñanza y divulgación.



Ilustración 1. CONCHI VIEJO: María y Leandro Aymani junto al autor de esta crónica. Foto propia.

“No se quiere lo que no se conoce y no se defiende lo que no se quiere”¹. Esta frase sintetiza este espíritu asociativo, donde ojalá el trabajo en equipo pueda ser asumido en forma interdisciplinaria por el sector público, privado, universidades, organizaciones no gubernamentales y todos quienes aspiren y deseen poner en valor este patrimonio inmaterial donde se conjugan, entre otros aspectos, los modos de vida, valores, tradiciones y creencias de personas y comunidades ligadas a un estilo de vida que casi ya solo se ve en libros de historia. Apuntar a todo lo invisible que reside en el espíritu mismo de las culturas.



Ilustración 2. LEGADO: La cultora atacameña Elena Tito, Tesoro Humano Vivo oriunda de Río Grande, enseña artesanía en greda a niños de Antofagasta. Foto diario Estrella del Norte.

¿Por qué emprender esta travesía? En lo personal, y como profesional especializado en relacionamiento comunitario entre empresas y comunidades, esta experiencia también me refuerza la convicción de que el patrimonio inmaterial es fundamental en el proceso de vincular a la gente con su historia y sus respectivas identidades culturales. Con ello, se puede generar un efectivo y genuino proceso de construcción de conocimiento, cercanía, afecto y confianza, algo que precisamente estamos perdiendo como país al tomar distancia y no empatizar con lo que realmente valora y aspira nuestra ciudadanía.

¹ Irasema Panizzo, nota web inauguración de muestra “Lo esencial es invisible a los ojos”, México, 2012. <http://www.homoespacios.com/inauguran-muestra-lo-esencial-es-invisib>.

En este aspecto es relevante la función que hoy cumple el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares (ALOTP)², el que con sus más de dos décadas de existencia ha logrado rescatar e ir reposicionando la cultura popular chilena. Este organismo, todo un referente en investigación y recopilación del patrimonio inmaterial chileno, opera al alero de la Biblioteca Nacional. En esa línea, esta investigación en terreno se ofrece como un camino más para relevar una muestra palpable de nuestro patrimonio inmaterial, que nos acerque a nuestras raíces culturales y nos entregue retratos grabados con el sol del norte chileno en personas, silenciosas bajo el día que abrasa y la noche que congela, que son más que simple folclor.



Ilustración 3. TRADICIÓN: Las fiestas religiosas son una importante fuente de patrimonio inmaterial en los poblados de Alto Loa, como es el caso de Chiu Chiu, Ayquina y Conchi Viejo. Foto propia.

² Uno de los referentes más importantes en investigación y patrimonio de Chile, portal www.alotp.cl.

CONCHI VIEJO: TIERRA DE COBRE Y RELIGIÓN

La casualidad como punto de partida

Son los últimos días de junio de 2017 y el invierno arrecia con sus bajas temperaturas que causan escozor en la piel. El día está parcialmente nublado en Conchi Viejo, a la vera de la mina El Abra, a unos 120 kilómetros al noroeste de Calama, la capital de la Provincia de El Loa. El sol tímidamente les hace cosquillas a las nubes, trata que sus rayos rasguen sus estilizados velos blancos y puedan calentar el entusiasmo y alegría de los peregrinos que en las primeras horas de la mañana ha llegado espontáneamente a venerar a la Virgen del Carmen, la máxima autoridad espiritual del pueblo.



Ilustración 4. VENERACIÓN: La iglesia Monumento Nacional de Conchi Viejo recibe feligreses y promesantes durante todo el año. La fiesta principal se realiza a partir del 16 de julio. Foto propia.

En mis manos cargo una bolsa de víveres que es un encargo de un amigo de Calama para los hermanos Leandro y María Aymani, los únicos dos habitantes permanentes del lugar, cuya casa se empina sobre una suave loma con vista privilegiada a la iglesia, donde cada año, a partir del 16 de julio, los bullentes y coloridos bailes religiosos le hacen rondas a la virgen, acompañada del patrón San Antonio y la imagen milagrosa del Niño de Padua.

La iglesia fue construida, aproximadamente, en 1850, y durante la Guerra del Pacífico fue usada por las huestes chilenas como bodega para guardar pertrechos militares y víveres. Gracias a su sólida estructura de barro y piedra canteada, el templo fue declarado Monumento Nacional en 1996, aunque haya sido sometido a varias restauraciones por el paso del tiempo y la alta sismicidad de la zona.

Pero Conchi Viejo, donde habitan los hermanos Aymani, es más que un poblado marcado por la religiosidad y la ausencia de población permanente. El arqueólogo, académico y asesor patrimonial de Minera El Abra, Diego Salazar cuenta que “los orígenes de esta aldea se cimientan hace cinco mil años cuando esta zona del norte fue habitada por sus primeros habitantes, cazadores recolectores, que después pasaron a ser los primeros agricultores-pastores de la antigua Atacama”.



Ilustración 5. EXPERTO: El arqueólogo de la Universidad de Chile, Diego Salazar, ha liderado diversas investigaciones sobre el patrimonio de Alto Loa. Foto archivo de Diego Salazar.

Entre las actividades secundarias de estas comunidades se incluía la minería, destinada a rituales y la elaboración de adornos, pues las herramientas se elaboraban de piedra, madera o huesos. Sin embargo, poco a poco la actividad minera fue incrementándose, especialmente cuando surge el Imperio Tiwanaku -período situado entre los años 750 y 1250 de la América precolombina que se caracterizó por la presencia y fusión de las influencias de los dos estados más poderosos de la época:

Tiahuanaco y el imperio huari y cuya influencia combinada llegó hasta los actuales territorios de Bolivia, Perú y Chile-, el cual incentivó una suerte de especialización regional en el trabajo minero-metalúrgico, a partir de la cual los atacameños se dedicaban mayormente a la minería del cobre y a la metalurgia extractiva.

El distrito de Conchi Viejo, a diferencia de las otras comunidades, cobró fama entre los indígenas y los enviados del Imperio Inca (desde mediados del siglo XV cuando se expandieron hacia el sur) gracias a sus variados recursos minerales³, lo que dio origen a un centro productivo minero de alta organización y complejidad administrativa que incluía una fundición.



Ilustración 6. RUINAS: Los indígenas de Alto Loa construían centros de acopio de mineral con pircas que, además, servían para guarecerse. Foto archivo de Diego Salazar.

Con la llegada de los españoles, la actividad minera se potenció y empujó la fundación de Conchi como pueblo, en los albores del siglo XVII. Allí se estableció una verdadera "colonia" de indígenas tarapaqueños, mestizos y españoles, conformando uno de los centros minero-metalúrgicos más importantes de la Atacama colonial. Además, este asentamiento servía de parada y refresco para las caravanas que bajaban con mineral

³ Se destacaban al menos tres estilos de mineralización que contenían depósitos cupríferos de crisocola y cuprita y la presencia localizada de turquesa y cobre nativo, así como de plata y oro.

de cobre y plata desde la lejana Potosí, Bolivia, con rumbo a la costa del Pacífico, al entonces puerto de Gatico.⁴

Patrimonio, el amigo incógnito

Aunque la historia es parte del lugar, hoy la soledad ronda en Conchi Viejo y cuesta imaginarse cómo un pueblo con apenas dos habitantes puede revivir cada mes de julio con cuatro días de fiesta y la presencia de más de cuatro mil peregrinos venidos del Alto Loa, Calama, San Pedro de Atacama, Antofagasta y de otras regiones del país.

Es entonces cuando surgen las preguntas: ¿Qué atrae y mueve llegar hasta este apartado lugar? ¿Se trata de fe verdadera, fanatismo o simplemente turismo religioso?

Para el ex Director del Área de Patrimonio de la Corporación de Cultura y Turismo de Calama, René Huerta Quinsacara, “la respuesta es una mezcla de fe y amor al patrimonio, en el entendido que se trata de un territorio donde hay mucha historia, modos de vida y costumbres que merecen ser preservadas a nivel científico y social”.



Ilustración 7. TRADICIONES: El experto en patrimonio, René Huerta, junto al autor de esta crónica en una peregrinación con la comunidad de Conchi Viejo. Foto propia.

⁴ La minería colonial americana bajo la dominación española, Juan Eusebio Pérez Sáenz de Urturi, España 1985, págs.: 53-119.

Huerta precisa que “el patrimonio también suma los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. Por eso decimos que el patrimonio inmaterial, fuera de los edificios, artefactos o de lo concreto, es un aspecto clave a conservar, ya que está constituido por aquella parte invisible que reside en espíritu mismo de las culturas. Por ende, debemos proteger el patrimonio y fortalecer su difusión y conocimiento”.

En el relato de René Huerta aparecen palabras estratégicas como preservar y poner en valor, aspectos que aún estarían al “debe”, especialmente en el inconsciente colectivo de un país y sociedad que “sólo valora estos territorios por ser una fuente de riqueza minera o de oportunidades económicas. Entonces, se equivocan. La gran riqueza no es el mineral. La riqueza de este desierto es su gente y lo que rodea su existencia como la historia, la poesía, los ritos, los modos de vida, entre otros aspectos”, explica.



Ilustración 8. NUEVAS GENERACIONES: Desde que son infantes, los niños de Alto Loa conservan sus tradiciones, como comprobó el autor de esta crónica durante este viaje periodístico. Foto propia.

Desde Conchi Viejo a Talabre

Los testigos y testimonios están adheridos a la tierra. A los caminos del Alto Loa y Atacama La Grande. Son rostros quemados por el sol, donde pocos tuvieron la posibilidad de ir a la escuela, que apenas saben leer y escribir. Pero en sus palabras y en las vivencias que recorren sus memorias, fluye la historia de la zona como decenas de manantiales inagotables. Y unidos forman un mapa patrimonial que no debemos dejar morir.



Ilustración 9. MAPA HUMANO: Los principales protagonistas de esta crónica son fieles representantes de una tierra mágica donde el tiempo se detuvo. Foto propia.

Por ello, cada estación de esta travesía personal y de rescate de vivencias y patrimonio es un capítulo de una historia mayor. Partiendo por los ya mencionados hermanos María y Leandro Aymani, quienes son los últimos pastores de Conchi Viejo y

que pasan sus días en cerros y quebradas junto a su piño de cabras, gozando de la misticidad del desierto.

En la comunidad de Lasana vive la tejedora Eva López Quispe, quien emigró junto a su familia hace más de 72 años para instalarse en Amincha, cerca de Ollagüe, el último bastión chileno en la frontera con Bolivia.

Siguiendo el cauce del río Loa, pasando el puente de Lasana, encuentro al atacameño Osvaldo Rojas, un autodidacta de la arqueología, antropología y la conservación patrimonial, quien desde niño recorre el desierto, los cerros y quebradas arrancándole los secretos milenarios a la Pachamama, para después conservar y proteger sus descubrimientos en un museo público y centro de investigación, los que levanto casi a pulso en la falda de un cerro.



Ilustración 10. EDUCACIÓN PATRIMONIAL: Osvaldo Rojas junto a niños de la Escuela Rural Pukará de Lasana y su directora, Margarita Jaque. Foto propia.

Kilómetros más allá, en la localidad vecina de Chiu Chiu, aparece en mi ruta Cristina Hrepich, la fabriquera –encargada de cuidar los bienes de un templo y sus tesoros, cargo que va de generación en generación- de la iglesia más antigua del país, cuya construcción data de 1611 por expresas órdenes del entonces conquistador Pedro de Valdivia y cuyas obras fueron iniciadas por Inés de Suárez.

En el área indígena de Atacama La Grande -que abarca la comuna de San Pedro de Atacama, la capital del turismo chileno-, visito a la artesana Elena Tito, oriunda de Río Grande y alfarera por tradición.

Finalmente, en el último extremo de Atacama La Grande, en el pueblo de Talabre, comparto historias y mate con la septuagenaria tejedora Evangelista Soza, quien desde los cinco años hila la lana, preferentemente de oveja.



Ilustración 11. PLENITUD: Evangelista Soza teje con alegría y pasión en su taller de Talabre. Foto archivo Ministerio de Cultura.

CONCHI Y SUS VIEJAS HISTORIAS

El negocio de oro con Hollywood

Tras siglos desde que los incas primero y los españoles después, dejaron a la zona como un asentamiento minero en los mapas, en la década del 20 del siglo XX, la pequeña y mediana minería decayó fuertemente en Conchi Viejo. El lugar se fue poco a poco despoblando y sus habitantes emigraron en búsqueda de nuevos horizontes, especialmente en Chuquicamata, el gigante minero que prometía prosperidad y bonanza al alero de Calama.



Ilustración 12. CONCHI VIEJO:A unos 120 kilómetros de Calama se encuentra este poblado. Foto propia.

Sin embargo, Conchi Viejo vivió un impensado resurgimiento económico a partir de 1931 cuando el alemán Fritz Ferger⁵ instaló un criadero de chinchillas, roedores que tradicionalmente eran cazados desde los tiempos de los incas, primero para servir de alimento, y luego por el valor que alcanzó su valiosa piel, hizo que prácticamente se extinguieran y se hicieran un lujo en todo el mundo.

Ferger fue un astuto comerciante y ante la alta demanda desde Estados Unidos y Europa, instaló criaderos aprovechando algunos ejemplares sobrevivientes y que se adaptaban excelentemente a las condiciones geográficas y climáticas de Conchi Viejo.

⁵ Fue el primer productor semi industrial de chinchillas de la zona norte del país. Innovó con reproducción a alta escala en cautiverio.

En pleno auge de esta “industria”, Leandro y María Aymani llegaron a Conchi Viejo en los años 40. Eran apenas unos niños y arrancaban de los malos tratos de su padre, el que en Chitigua, en la frontera de Ollagüe, los hacía trabajar de sol a sol bajo la ley de garrote. María prosiguió con su oficio de pastora (“era experta en buscar los mejores bofedales para arrear el ganado”, comenta), mientras que Leandro alternó su trabajo como cuidador de las minas del sector y mozo del chinchillar, sitio donde aprendió el arte de criar al preciado roedor.



Ilustración 13. PATRIMONIO HUMANO: María y Leandro Aymani son los últimos habitantes de Conchi Viejo. Conversar con ellas es tener una verdaderas clases de historia. Foto Minera El Abra.

Leandro señala que el Criadero Atahualpa fue el centro de cautiverio de “chinchillas brevicaudatas”⁶ más grande del mundo, llegando a tener 1.300 ejemplares. Famosas actrices de Hollywood como Rita Hayworth o la mismísima Marilyn Monroe fueron vestidas con pieles provenientes de Conchi Viejo.

⁶ También se les conoce como chinchilla cordillerana o de cola corta. Se presenta en Los Andes del sur de Perú, Bolivia, el noroeste de Argentina y norte de Chile

“Era entretenido criar estos ratones de piel suave, aunque yo prefería irme a la mina y estar en la soledad del cerro. Pero al final siempre volvía al pueblo y al criadero, donde jugábamos y conversábamos con los hijos del patrón. Fueron buenos tiempos”, cuenta Leandro.



Ilustración 14. CRIADERO ATAHUALPA: Desde Conchi Viejo se exportaban las pieles de Chinchilla para vestir a las estrellas de Hollywood, como Rita Hayworth. Foto archivo Mercurio de Calama.

Aymani cuenta que la crianza de las chinchillas no era cualquier cosa y que el conocimiento que llegó a tener lo heredó de los Ferger: “Esto no era como criar un conejo, una gallina o una cabra. Se requería de conocimiento y mucha paciencia, porque a pesar que estos animales eran tranquilos, también eran ágiles, con patas largas. Me acuerdo que saltaban de roca en roca y utilizaban la cola como estabilizador de sus movimientos, como los pescados. Por eso el secreto para criar a una chinchilla linda y sana está en la jaula; el animal es chiquito, pero la jaula tiene que ser alta y amplia para que pueda realizar estos movimientos con libertad”.

La reproducción era otro tema y Leandro Aymani rememora que Fritz Ferger tenía muy bien estudiado el tema. “Como yo era preguntón y quería aprender, terminé sabiendo los secretos de laboratorio del patrón”, dice sonriendo. Y agrega: “Las chinchillas eran igual que los pescados. El secreto de su vida está en la cola. Le cortas la cola, les corta la vida, las matas. Y viven en los desiertos o lugares muy secos. Por eso los Ferger eligieron un lugar soleado, tranquilo y muy aislado como Conchi Viejo”.

También había otro secreto en la crianza de las chinchillas para atesorar en los libros y en el patrimonio cultural de un pasado de esplendor de la zona. “Recuerdo que don Fritz decía que a las chinchillas se les podía mantener en pareja, macho y hembra, pero que no era tan fácil conseguir que criaran en jaulas como sucede con otros roedores. De hecho, podían reproducirse hasta pasado los 10 años de vida y, en promedio, se preñaban dos veces por año. Y la hembra podía quedar nuevamente preñada a los dos días de haber parido. El gran secreto era tener buenos machos reproductores y saber mover los animales de jaula en jaula”.

¿Y qué pasó con este negocio que llegaba hasta los estudios de Hollywood y la alta sociedad de todo el mundo? En 1970 el emprendimiento desapareció por completo en la zona, cuando las especies existentes de la chinchilla fueron repartidas con la idea de dar oportunidades a las familias indígenas para que se dedicaran a la crianza del roedor. El plan fracasó, las chinchillas comenzaron a extinguirse y el fin del lucrativo criadero finalmente marcó el éxodo masivo del pueblo.



Ilustración 15. MAMÍFERO SILVESTRE: El Alto Loa es una zona predilecta para la sobrevivencia de las chinchillas, las cuales se reproducen hasta los 10 años. Foto archivo Mercurio de Calama.

El amigo que hablaba con las piedras

Tras el cierre del chinchillar, a comienzos de los 70, y el éxodo de la familia Ferger y de su hijo Hans, Leandro encontró un nuevo patrón y amigo: un geólogo autodidacta, quien con el paso del tiempo se convertiría en uno de los hombres más ricos del mundo. El hombre recorría los cerros del distrito minero Conchi Viejo en busca de cobre, oro y plata, buscando la conexión con la generosa veta de Chuquicamata, el aquel entonces centro minero más importante del mundo.

¿Y quién era ese amigo, Leandro?

“Se llamaba Andrónico Luksic⁷ Abaroa. Era bien encachado el hombre, muy sencillo. Yo a veces lo acompañaba a recorrer el desierto y los cerros buscando nuevas minas, mirando las piedras para descubrir sus secretos y riquezas. Cuando volvíamos al campamento compartíamos su plato favorito, las cazuelas, y un café. Él era muy sencillo y bueno para conversar”.



Ilustración 16. GEÓLOGO AUTODIDACTA: Andrónico Luksic Abaroa recorría el desierto buscando piedras que brillaran. Foto archivo Andrónico Luksic Abaroa.

⁷ Andrónico Luksic Abaroa: la historia del hombre más rico de Chile. Versión digital diario Mercurio de Santiago en link: <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=16114>

Leandro agrega que “el caballero se ponía a recorrer el cerro, despacito, mirando el suelo o poniendo especial atención a algunas piedras. No siempre tomaba a las piedras más bonitas, sino que les llamaba la atención los colores o cómo estaban ubicadas. Y a veces como que conversaba con esas piedras que tomaba; yo lo miraba no más, me reía, pero le hablaba a las piedras, les decía cosas como queriéndoles decir, dime piedra linda dónde está la mina, llévame hasta allá”.

Gracias a esa “amistad”, Leandro trabajó hasta pasado los años 80 como cuidador de la mina Anita, también conocida como Conchi Viejo, el principal activo cuprífero de Andrónico Luksic en la zona y el que hoy, de la mano de su grupo económico, Antofagasta Minerals, dan vida al proyecto Los Volcanes⁸.

Pero Conchi Viejo además convive con otro gigante minero. En los años 90, gracias a una alianza entre Codelco y la ex multinacional Cyprux (hoy Freeport McMoRan), se instaló en el distrito la Minera El Abra, lo que nuevamente llevó a este enclave indígena a la contingencia nacional. Y pese a la bullante minería que se hace en la zona, el pueblo nunca más se volvió a repoblar, salvo en los períodos de fiestas patrimoniales y religiosas.

Este desarrollo minero en la zona ha generado una serie de denuncias por parte de comunidades atacameñas acerca del impacto ambiental. Uno de los principales ha sido el caso de Taira. Leandro tiene su particular visión acerca del tema: “Yo solo sé que estos territorios han sido mineros desde los tiempos de los abuelos, como suele decirse, no por el papá de mi papá, sino por nuestros antepasados. Acá nunca ha faltado ni el alimento ni el agua, claro que ahora nos provee la gente de El Abra, quienes siempre se han preocupado de nosotros. Pero yo hablo por mí y por la María (su hermana), no sé si a la gente que vive por el río Loa, por el lado de Taira, los afecta la minería”.

⁸ El proyecto Los Volcanes que se encuentra en etapa de prefactibilidad y espera mejores precios del cobre para ser explotado.

Taira, la “niña rebelde” de Conchi

Cuando Leandro Aymani cita a Taira se refiere a la comunidad más joven en constituirse en el Alto Loa y que nació luego de un conflicto interno entre los dirigentes de Conchi Viejo y los estancieros de ese lugar, después de que maquinaria de Codelco⁹, en 2002, destruyera un sitio arqueológico durante la construcción de un camino para instalar tuberías por donde conducen el agua que extraen en el lugar para su proceso minero.

Si bien se señala que la minera estatal habría pagado a la comunidad de Conchi Viejo una millonaria compensación por el grave daño causado, bajo un acuerdo de confidencialidad, los estancieros de Taira reclamaron que el sitio arqueológico les pertenecía a sus ancestros por lo que entraron en rebeldía e iniciaron una demanda territorial ante la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI) de Calama.

En paralelo, decidieron escindirse de Conchi Viejo y constituir su propia comunidad, en las inmediaciones del vado de Santa Bárbara, para reivindicar sus derechos ancestrales y luchar contra la minería o cualquier actividad que pudiese afectar sus costumbres o el patrimonio que se resguarda en el sector, como la famosa cueva de La Damiana o el Alero ¹⁰en cuyas paredes se pueden apreciar diversas pinturas rupestres que datan de hace dos mil años.

La líder del lugar, Sandra Yáñez Huanuco, relata que la comunidad atacameña de Taira se constituye el 27 de noviembre de 2003 y que, a diferencia de Conchi Viejo, que siempre ha vivido de la minería, la actividad principal de las familias es la crianza de ganado (llamas, cabras y ovejas), la agricultura de subsistencia (alfalfa y otras hortalizas), junto al desarrollo de artesanía ligada al manejo pastoril.

⁹ La gran minería y los derechos indígenas en el norte de Chile, Nancy Yáñez Fuenzalida, Raúl Molina Otárola, Santiago, LOM Ediciones, 2008, págs. 189 -197.-

¹⁰ El Alero de Taira es una pared de piedras de unos tres metros de alto y unos 10 de largo que posee un sin número de petroglifos de gran belleza.

“Nosotros estamos en contra de quienes nos quieren hacer daño, sobre todas las empresas mineras y sanitarias que nos sacan el agua y ponen en peligro nuestra subsistencia y modos de vida. Por eso nosotros nos rebelamos y nos fuimos de la comunidad de Conchi, porque lo que hizo Codelco fue un daño muy grande, que no tenía precio. Y más encima, en el acuerdo que se hizo con esa comunidad y con el Consejo de Monumentos Nacionales, parte de los dineros de la supuesta remediación se invirtieron en las momias de Cerro Chinchorro que están en Arica. ¿Qué tiene que ver el daño de Taira con Arica? Nada. Pero estas cosas suceden porque nos creen ignorantes”, afirma Sandra Yáñez.



Ilustración 17. ARTE RUPESTRE: Las pinturas de Taira tiene más de dos mil años, según los registros de los arqueólogos que han estudiado el lugar. Foto archivo comunidad de Taira.

Luisa Huanuco, madre de Sandra, es la estanciera más antigua de Taira. Su apellido es sinónimo de respeto en la comunidad. Si bien la anciana comparte los reparos de la

entidad que lidera su hija, ella apela a la armonía y a que se puede convivir sin arrebatos ni diferencias.

Ella no ha roto sus vínculos con sus vecinos de Conchi y sigue participando en las actividades religiosas del pueblo. Hace un año, tras la muerte del patriarca de Conchi, Julián Galleguillos, fue ella quien asumió el rol de fabriquera mayor del templo de Conchi, con la misión de cuidar los bienes de la iglesia y traspasar dicha herencia a las familias más antiguas y fieles a la congregación.



Ilustración 18 FABRIQUERA: Luisa Huanuco vive en Taira pero es la actual fabriquera (cuidadora) de la iglesia de Conchi Viejo. Foto archivo comunidad de Taira.

“Yo vivo tranquila acá en Santa Bárbara y quiero morir acá. Esta es mi tierra y mi vida es cuidar mis animales, cultivar la chacra y ser fabriquera en Conchi Viejo, pese a vivir en Taira. A mí no me gustan las diferencias ni los pleitos, aunque mi hija tiene razón en reclamar contra las mineras y las empresas eléctricas que se han metido en nuestra tierra a sacar agua o instalar grandes torres. Eso nos molesta, porque somos gente tranquila y a nosotros nadie nos pregunta o nos pide permiso para hacer esos proyectos”, precisa Luisa Huanuco.



Ilustración19. RESISTIR LA MODERNIDAD: Comunidades como Taira prefieren el aislamiento para así conservar sus costumbres. Foto propia.

Sobre el futuro de esta comunidad, una de las más pequeñas en el Alto Loa, Luisa explica que precisamente es la falta de población residente la que está poniendo en riesgo la supervivencia de estos asentamientos: “Los jóvenes y adultos con niños emigraron a Calama y solo algunos ancianos nos quedamos en Taira. Acá faltan actividades productivas a tiempo completo para que la gente vuelva”.

Puntualiza que “lo que sí queda y es fuerte en nuestra comunidad es la ligazón cultural y ancestral con la tierra. Mientras eso se mantenga vivo, Taira y muchas otras comunidades seguirán resistiendo el paso del tiempo y se mantendrán activas, porque ser indígena es más que ocupar un pedazo de tierra; ser indígena se lleva en el espíritu y en la práctica de las tradiciones y costumbres que nunca deberán morir”, concluye.

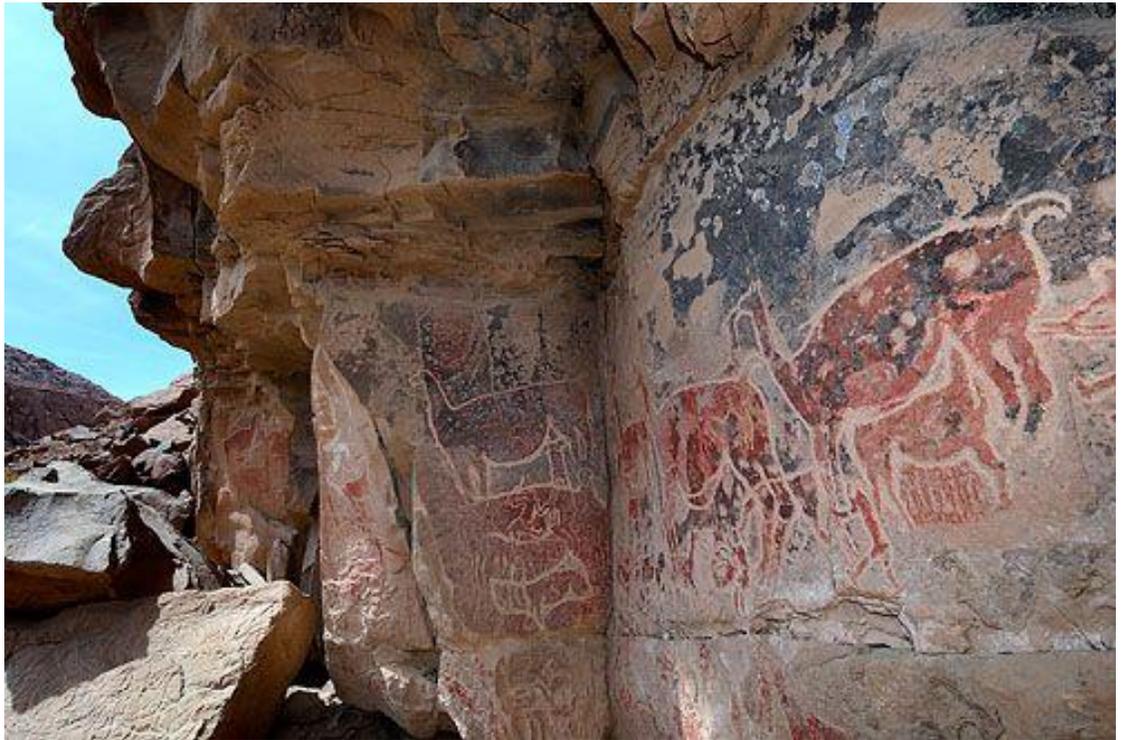


Ilustración 20. BELLEZA IMPRESIONANTE: El arte rupestre se manifiesta en todo su esplendor en este bello lugar, el que ha sido resguardado por los indígenas. Foto archivo comunidad de Taira.

María y sus cabras porfiadas

María Aymani es la hermana de Leandro y es la última pastora de Conchi Viejo. No es de muchas palabras, pero si entra en confianza y su interlocutor “le cae bien”, se suelta y habla con ganas: “A mí me gusta criar cabras y salir a los cerros a pastorear, a buscar pasto para los animales. Caminando y caminando me entretengo y disfruto la soledad y el desierto. No me gusta mucho la gente, porque hay mucha gente mala que a uno le quiere robar. Yo por eso ando sola con mis animales buscando las mejores vegas y bofedales para tenerlas bien alimentadas”.



Ilustración 21. PASTORA DE POR VIDA: Desde que aprendió a caminar, en Chitigua, en la frontera con Bolivia, María Aymani cuida el ganado. Foto archivo Diego Salazar.

María agrega que “mis animales son mi vida, junto a mi hermano Leandro y mis perros. Por eso el pastoreo es lo que más disfruto, aunque a veces el piño, especialmente las cabras hembras, se ponen medias porfiadas y con un palo hay que amenazarlas para que no se arranquen. Uno tiene que andar con los ojos bien abiertos y, sobre todo cuando andan en celo, porque como que se vuelven locas y no entienden”.

La pastora de Conchi Viejo dice que no se imagina una vida distinta a la que lleva. No tiene carné de identidad, no conoce Calama y nunca ha manejado dinero en efectivo. Tampoco sabe leer ni escribir, nunca fue a la escuela y toda su vida ha girado en torno a cuidar a su hermano y seguir la actividad ancestral del pastoreo.

“Nunca he querido conocer Calama ni otros pueblos. Yo nací en Chitigua y desde allí me vine para Conchi Viejo. Conozco estos cerros y planicies, algunas minas del sector, pero no más allá. No me interesa, yo vivo tranquila acá. Le tengo desconfianza a la mayoría de la gente, nunca me ha gustado manejar plata, porque a veces he escuchado en la radio que mucha gente muere porque le quitan las cosas. Eso me da mucho miedo, por eso quiero estar acá en Conchi. Incluso cuando vienen las fiestas del pueblo yo me encierro, no salgo, porque no conozco a esa gente”, cuenta.



Ilustración 22. EL DESIERTO COMO MODO DE VIDA: María no conoce las ciudades ni los edificios pero se sabe de memoria todos los rincones que tiene Conchi Viejo. Foto propia.

Un tesoro andante

La labor de María es una muestra concreta de una actividad de subsistencia que persiste desde las primeras comunidades precolombinas de la zona. El pastoreo, junto a la caza, la recolección y la agricultura, fueron las principales tareas de los habitantes de estas localidades.

Históricamente, la actividad ganadera se desarrolló con llamas y alpacas, aunque en la actualidad aumentó con ovinos, caprinos y mulares, de los cuales se obtienen lana, carne, pieles y, en ocasiones, son aprovechados como animales de carga (llamas y especialmente los mulares). Como complemento al pastoreo, se suma la recolección de leña y plantas, sobre todo medicinales, así como de los frutos del algarrobo y el chañar para preparar harinas y bebidas.



Ilustración 17. DERECHO ANCESTRAL: En zonas como Conchi Viejo, donde se convive con la minería, el pastoreo es una costumbre que se protege y se cuida. En los caminos, aunque sea industriales, el derecho de paso es del ganado. Foto propia.

El arqueólogo Diego Salazar precisa que la base de la ocupación de este territorio ha sido la trashumancia, dado el carácter de los recursos de pastoreo y los ciclos de sequía que determinan la escasez o abundancia de pastos, más el desarrollo de actividades de arrieraje, el abastecimiento de productos para las actividades mineras o urbanas, y el trabajo como peones de minas.

En el caso de Conchi Viejo, según Salazar, el pastoreo –netamente caprino- hoy tiene matices diferentes. Y que por el carácter minero del pueblo y la escasa agricultura que se produce, la labor de María Aymani es destacable por resistir y mantener una tradición milenaria en medio del agreste entorno del desierto.

“El pastoreo es una actividad que se ha ido perdiendo en el tiempo. Por eso es notable el empuje de la señora María Aymani por mantener viva la tradición del pastoreo en una zona tan inhóspita como es Conchi Viejo, donde la vegetación es escasa. Ella es un tesoro vivo. Son los contrastes y la magia que tiene el desierto de Atacama”, puntualiza Diego Salazar.



Ilustración 24. COSTUMBRE: Cuidar el ganado más que una actividad económica para los indígenas es una costumbre, que también es sinonimo de abundancia. Foto archivo de Taira.

LASANA, DONDE DANZAN LAS MANOS

La esperanza del agua de mar

Lasana es un pueblo atacameño prehispánico que se sitúa a unos 50 kilómetros al noreste de Calama. Es un pequeño oasis que es cruzado por el río Loa -el más largo de Chile- y que gracias a sus cristalinas aguas viste de verde su ribera y mantiene viva la agricultura y ganadería de mediana escala. Este afluyente nace en la frontera con Bolivia, a los pies del volcán Miño y recorre 440 kilómetros hasta desembocar en las cercanías de Quillagua, en la provincia de Tocopilla, considerada, además, la zona más seca del mundo por la revista National Geographic, con cero precipitaciones en los últimos 50 años¹¹.

Tanto Quillagua como Lasana han tenido fuertes disputas por la extracción de aguas para la minería del cobre y la no metálica. Esto ha provocado la disminución de la superficie cultivada por lo que la comunidad atacameña añora los buenos años de cosecha de la betarraga y zanahoria, cuya producción mayoritariamente es procesada para hacer mermeladas e infusiones tipo gourmet, como té y agua de yerbas.



Ilustración 25. ENCLAVE AGRÍCOLA: Lasana y Chiu Chiu mantienen la agricultura indígena.
Foto archivo comunidad de Lasana.

¹¹ Quillagua en aymara es “agua de luna” y hace más de cinco décadas fue un próspero oasis que proveía de pasto, verduras y ganado a toda la zona norte de Chile, especialmente a Iquique y Tocopilla.

En vista de este perjuicio, la comunidad indígena de Lasana golpeó la mesa el año 2016 y exigió a Codelco, la principal minera usuaria de las aguas fósiles del Alto Loa, reactivar los convenios de cooperación para el desarrollo comunitario y el fomento agrícola, ya que, sin este pacto social, el pueblo podría ser condenado a desaparecer ante la sequía y progresiva disminución del caudal del río Loa que desde hace siglos alimenta los cultivos.

La comunidad hoy reactivó su alianza de trabajo con Codelco más otras empresas que tienen operaciones cercanas, como Minera El Abra y la empresa de energías renovables Mainstream, que planea construir un parque eólico a unos 7 kilómetros, en la ruta internacional que conecta a Ollagüe. “Como no tenemos muchas alternativas ni apoyo del Gobierno ni la Conadi, hemos tenido que aceptar la convivencia con la minería, principalmente con Codelco, para negociar y mantener nuestras actividades productivas. En algún momento emprendimos un par de acciones legales, pero vimos que no sacábamos nada con presionar de esa manera. Por eso tuvimos que sentarnos a conversar, para que entiendan que, si siguen sacando agua de nuestras vertientes, nuestras comunidades morirán. La minería debe funcionar con agua de mar”, destaca el ex presidente de la comunidad, Hugo Galleguillos.



Ilustración 26. AGRICULTURA: Es la principal actividad económica de Lasana. Foto archivo comunidad de Lasana.

El que la minería opere con agua de mar y, finalmente, libere las aguas fósiles del altiplano es la esperanza que mantiene este pequeño valle de Lasana. Hoy sus habitantes también apuestan al turismo. El lugar es conocido por sus tejidos, por los petroglifos que bordean las paredes de sus cerros y por conservar una fortaleza del siglo XII, también llamada pukará¹², que atrae a turistas y visitantes. Además de la visita a este Monumento Nacional es posible compartir el día a día con los campesinos atacameños y ver in situ cómo cultivan la tierra, cuidan sus animales y producen artesanías.

Esta diversidad de actividades de sus habitantes hizo que los antiguos ancianos del lugar dijeran que en Lasana “danzaban las manos”, porque en ningún otro lugar del desierto de Atacama, estas se usaban para tejer, hilar, amasar la greda, sembrar la zanahoria, cosechar la hortaliza o enarbolar la vara para mantener el ganado bien apiñado.



Ilustración 27. TURISMO: Lasana tiene como atractivo un pukará pre hispánico. Foto archivo comunidad de Lasana.

¹²El pukará de Lasana es una fortaleza precolombina ubicada y fue construido en el siglo XII. Fue declarado Monumento Nacional en categoría de Monumento Histórico en 1982.

Un arte sano como modo de vida

Eva López es una de las artesanas más reconocidas de Lasana y del norte de Chile. Junto a la Agrupación de Mujeres de Lasana trabaja hace más de una década para poner en valor la artesanía indígena. Ella llegó hace más de 40 años a la localidad desde las azufreras de Ollagüe, acompañada de su marido, quien trabajó en los yacimientos de ese mineral no metálico, hasta que cerró la mina: “Quisimos venirnos, porque ya no había trabajo. Compramos un pedazo de tierra y comenzamos de cero. Allá en la frontera (Ollagüe) la vida era más sacrificada. Hacía mucho frío, llovía y nevaba continuamente. Acá en Lasana es distinto. Es más fácil hacer familia, cuidar a los hijos y trabajar, porque todo está más a la mano”, cuenta.

Eva nació en Amincha –antigua zona minera-, territorio antes boliviano y hoy chileno. Habla quechua y aymara, y aprendió a hilar a los dos años, cuando su mamá le pasaba lana para jugar y entretenerse. “Así nació mi amor por tejer. Partió como un juego y luego aprendí a manejar el telar y teñir la lana. A los 10 años ya tejía algunas piezas como aguayos, frazadas y talegas, que es una especie de bolso o morral para llevar alimentos mientras se cuidaba el ganado. Todo lo que se tejía era para la familia, porque allá lejos no había dónde comprar frazadas, ropas u otras cosas”, relata.



Ilustración 28. HERENCIA:La pasión por tejer Eva López la heredó de sus abuelos bolivianos. Foto archivo comunidad de Lasana.

El mayor valor que ha logrado Eva con su arte –reconocido internacionalmente-, ha sido el rescate que ha hecho de los tejidos y por fomentar la denominada “pedagogía del telar” al transmitir una técnica heredada de la cultura de sus antepasados.

René Huerta precisa que el pueblo de Lasana ha ido dejando huellas y un legado importante en generar conocimiento y compartir la experiencia de “vivir la artesanía” con los niños que acuden a la escuela del poblado, los apoderados y la misma comunidad. La Agrupación de Artesanas –de la que es parte Eva López- es un ejemplo de ello ya que en ese espacio las personas de la tercera edad se juntan a compartir el telar o a practicar con la greda para hacer réplicas de la cerámica atacameña pre-incaica, técnicas que hoy se han ido recuperando gracias a diversos programas de gestión cultural.

En este sentido, René Huerta explica que la zona del extremo norte de Chile ha tenido una relación muy cercana con la gran cultura y civilización sudamericana que fue la Inca: “Ello les otorgó a sus variados pueblos un nivel de sofisticación cuya complejidad se manifestó en sus productos y conocimientos, constituyéndose en parte de un horizonte cultural altiplánico andino reconocible desde nuestra América hacia el mundo. Los pueblos originarios más representativos de nuestro Norte Grande –aymaras, quechuas y atacameños- contaron con algunas características comunes, como, por ejemplo, el lugar preponderante del trabajo de textiles, vinculado directamente a su quehacer pastoril y de cultivos más bien escasos. Y, en un segundo plano, la práctica de la cerámica donde Lasana aparece como un lugar privilegiado en el Alto Loa por sus cotizada greda y arcillas de diversas texturas y colores”.

La influencia cultural del telar

En la zona del desierto y tierras altas de Atacama –localidades como Cupo, Caspana, Ayquina y Toconce- aún se pueden apreciar tejidos a telar con alguna influencia quechua donde se tejen fajas, chuspas y awayus, aunque casi solo para consumo

familiar. Ocasionalmente, se tejen frazadas u otras piezas, por encargo o ventas en ferias. Así lo hace Eva López, quien surte a los turistas que llegan hasta Lasana y también distribuye sus creaciones en hoteles y museos, como el del Padre Le Paige, en San Pedro de Atacama.

Ella teje en su casa, a la vera del camino que va hacia la salida norte con destino a Ollagüe. Gracias a fondos gubernamentales y otros apoyos, junto a su marido levantaron hace ocho años una pieza que funciona como taller y sala de ventas. “Acá paso mis días tejiendo en mi taller. Yo vivo de esto, aunque también ayudo a mi marido a sembrar hortalizas y, cuando no hay mucho trabajo, cosechamos juntos. Pero a medida que han pasado los años y me he puesto más vieja, la gente me pide más y más trabajos. Deben de pensar, ‘la Eva ya está vieja y en cualquier momento se va a morir’, así es que me mantienen ocupada haciendo mantitas o frazadas para las visitas o para regalar en las fiestas de fin de año”.



Ilustración 29. PROFESORA: Eva López también enseña su arte a las demás comunidades indígenas y realiza capacitaciones en escuelas y colegios. Foto propia.

Su estilo en el telar es inconfundible y único. Por lo mismo ha sido premiada por el Ministerio de Cultura y el Consejo de Monumentos Nacionales. Eva combina los colores vivos de los quechuas, de la cual es originaria, con figuras zoomorfas características del pueblo atacameño, como la llama y otros camélidos, tal como se hacían los primeros habitantes altiplánicos.

“Yo trabajo desde los cinco años y la vida es muy dura en el desierto. En mi familia éramos ocho hermanos y había que ayudar con las labores diarias, como cargar sacos de papas, cuidar los animales o hilar lana. A mí siempre me gustó tejer y trabajar con el telar, por lo que me sentaba al lado de mi mamita para aprender y hacer mis propias piezas”.



Ilustración 30. ARTE MILENARIO: Desde hace 5 mil años los indígenas tejían con lanas que teñían con hierbas y tinturas que elaboraban sobre la base de piedras de colores. Foto propia.

Este esfuerzo diario desde muy niña es más que un estilo de vida para Eva. Por ejemplo, sigue levantándose al alba: “Desde cabra chica que me levanto temprano, antes que cante el gallo, lo que también aprendí de mi mamá. Antes de las cinco de la mañana ya estoy en pie, porque así tengo más tiempo para hacer las cosas y me cunde el día. Parto por las cosas de la casa y después al taller para ordenar, terminar algún pedido. Así cuando vienen a verme o pasan turistas, la mercadería está ordenada y bien presentada. Usted sabe que todo entra por la vista”, agrega con chispa en sus ojos.

En su taller, Eva es la reina y se mueve ágilmente a pesar de que hace rato que pasó los 70 años: “Una vez una cliente de Antofagasta vino a mi taller y asombrada me dijo: ‘usted parece araña, teje todo el día’. Yo me quedé pensando y le dije, ‘yo no soy una araña, porque ellas tejen, pero son lentas o no se mueven rápido en la red que hacen. Yo soy como las hormigas’, porque no me quedo quieta, sobre todo cuando se trata de tejer o hilar la lana”, recuerda con una mirada que transmite orgullo de lo que hace.

Por lo mismo, enfatiza que una pieza bien hecha no solo se consigue por la calidad de la lana o la habilidad en el telar: “Una siempre tiene sus secretos para hacer buenas piezas, que duren o encanten a la vista. Para mí, lo fundamental de una buena frazada o aguayo está en lo que yo llamo ‘regalonear la lana, hacerle cariño con las manos’. Por eso, lo primero que hay que hacer con la lana es escarmenarla, hilarla y torcerla en dos hebras, siempre con harta paciencia y amor por lo que se está haciendo. Y cuando la lana está preparada, ahí recién uno toma el telar o los palillos para pasar a la creación misma de la pieza o el encargo”, confiesa.

“En mi caso, yo tejo a palillos o en el telar. Por eso tengo diferentes tipos de telares: el de fajas para cintillos y fajas de hilado fino; el de cintura, para servilletas ceremoniales y talegas; el telar horizontal de cuatro estacas, que es para tejer vestidos y paños cuadrados de los que sirven para cargar guaguas o mercancías en la espalda; y el

telar horizontal grande, para hacer frazadas, alfombras y cubrecamas”, comenta con detalles.

Sobre el futuro de su arte en el telar, Eva López concluye que “yo pienso que esto es muy lindo y nunca debe morir, por eso a mí me gusta compartir lo que sé. Hago cursos a mujeres y niños, lo que es bueno porque me pongo alegre y me pagan bien. En el último tiempo he andado por varios lados haciendo talleres: en San Pedro de Atacama, Peine, Calama, Socaire, Chiu Chiu y aquí también en Lasana con el grupo de mujeres artesanas. Eso es lo que más me gusta, enseñar para que este arte no se pierda, porque este arte es herencia sagrada de los abuelos y debe perdurar porque es parte importante de nuestra cultura”.

Esta visión también la ha transmitido a su familia. Esta artesana de Lasana no sólo les ha enseñado su arte a sus tres hijas, también a su hijo varón. Todos ellos viven en Calama, pero cuando hay mucho trabajo viajan a Lasana para ayudar: “Si hay muchos pedidos o tengo mucha lana que necesito hilar, los llamo por teléfono y vienen enseguida. Así como mi mamá me enseñó, yo también les he enseñado a ellos”, señala orgullosa.



Ilustración 31.PASION: Eva López afirma que tejerá hasta que sus manos no puedan más. Foto archivo comunidad de Lasana.

LA FABRIQUERA Y EL SEÑOR DE LAS MOMIAS

El patrimonio como razón de ser

En este peregrinaje por las tierras del Alto Loa sorprende el amor y el celo que ponen las comunidades indígenas cuando se trata de cuidar y poner en valor su patrimonio, que se transmite de generación en generación. De esta dinámica surgen oficios que son claves en la cosmovisión indígena, como el fabriquero o laico encargado de cuidar los bienes de un templo, junto con estimular las costumbres religiosas de su localidad y suplir, parcialmente, la ausencia del sacerdote, en particular con respecto de bautismos y defunciones.

Una de las más reconocidas fabriqueras del país es Cristina Hrepich, quien está a cargo de la iglesia de San Francisco de Chiu Chiu, la más antigua del país, la cual fue construida en 1611 por mandato del conquistador Pedro de Valdivia.¹³



Ilustración 32. CUIDAR Y TEJER: Cristina no sólo es la fabriquera de la iglesia católica más antigua de Chile, también teje y le gusta la cerámica. Foto propia.

¹³ Durante la colonia fue el centro evangelizador de la hoya del Loa. Bajo la advocación de San Francisco de Asís; extendía su jurisdicción sobre Calama, Ayquina, Caspana, Toconce, Conchi, Lasana y Cobija.

Pero, ¿qué mueve a estas personas a desempeñar este rol de guardianes del patrimonio cultural y ancestral? Se lo pregunto a Cristina y me responde: “Las costumbres y las tradiciones son como las raíces de los árboles. Mientras más fuertes y profundas, el árbol, que en este caso simboliza a la comunidad, más se aferrará a la tierra, sobrevivirá en el tiempo, y no podrá ser doblegado fácilmente. Para nosotros, el patrimonio es nuestra herencia, la huella digital de nuestros abuelos para que el pasado se vuelva presente, y las costumbres no se pierdan en el tiempo”.

Cristina, además de ser la guardiana de los tesoros que cobija la iglesia de San Francisco de Chiu Chiu, practica activamente el tejido en telar, con palillos y en arpillera: “Me gusta mucho tejer, me relaja, mueve todos mis sentidos. Por eso, curso que hay en Chiu Chiu, voy y me inscribo, sobre todo cuando viene nuestra vecina de Lasana, la señora Eva López. Este es un arte que hay que proteger, cuidar y replicar en las nuevas generaciones”.



Ilustración 33. CHIU CHIU: Este poblado atacameño cobija la iglesia más antigua de Chile, construida por mandate del conquistador Pedro de Valdivia en 1611. Foto propia.

No solo Cristina se ha puesto esta tarea de preservar las tradiciones, de rescatar culturas ancestrales y preservar el patrimonio. Osvaldo Rojas Mondaca es otro de ellos, quien de manera autodidacta se ha empoderado como quizás el mayor conocedor de la zona desde la mirada arqueológica, antropológica y de conservación patrimonial. Desde los nueve años de vida, este investigador recorre el desierto, los cerros y las quebradas de Alto Loa, logrando importantes hallazgos, de cuerpos y cementerios milenarios, pero que dice convencido “nunca revelaré sus ubicaciones, porque soy como una especie de guardianes de momias”.



Ilustración 34. AMOR POR EL PATRIMONIO: Osvaldo Rojas es experto en patrimonio y se ha formado en forma autodidacta. También ha construido dos museos. Foto propia.

Rojas Mondaca habla y su pasión por el desierto y la vida que está escrita en él sale a borbotones: “Partí en esto cuando estaba en la escuela, en Calama. Primero coleccionaba piedras de colores y luego, estimulado por una profesora española que nos llevaba a recorrer el desierto y los poblados del interior, este hobby se convirtió en pasión, en un amor incondicional. Como mi madre era de Lasana, heredé una sensibilidad especial por la cosmovisión indígena, por sus creencias y costumbres. Si bien mi padre era de Punitaqui, cerca de Ovalle, minero de tomo y lomo, esto no fue impedimento para que

estas experiencias de vida prácticamente se convirtieran en una cuasi profesión. Y digo con orgullo que siempre mis padres me estimularon a estudiar y conocer el patrimonio”.

Oswaldo –quien ostenta el título de técnico industrial en gas natural- no estudió arqueología o antropología. “Eran otros tiempos. No había facilidades como hoy y mis padres no tenían recursos para mandarme a estudiar a Santiago. Pero soy muy feliz con lo que hago, porque lo hago de corazón. Este es un sistema de vida y nunca dejaré de seguir subiendo a la montaña o el desierto, porque es un alimento espiritual que desborda el alma y el corazón”.



Ilustración 35. DINOSAURIOS EN CALAMA: Otra de las pasiones de don Oswaldo es la investigación sobre dinausarios y otros animales prehistóricos que habitaron el oasis de Calama.
Foto archivo Museo de Calama.

Aún así, Osvaldo Rojas tiene a su haber la fundación de dos museos: el de Historia Natural de Calama¹⁴ y el Museo Indígena Atacameño del Alto Loa¹⁵, en Lasana. Ambos edificios y sus respectivas colecciones han sido levantados a pulso por este amante del patrimonio. “Estos museos han sido ideados para compilar todas las experiencias y ciertos hallazgos que me ha develado el desierto. Si bien mi propuesta es sencilla, lo que buscamos es que cada persona que nos visita se conecte genuinamente con la historia y despierte su curiosidad. Remecer la memoria es importante, y también que se emocionen o vibren con ese pasado que muestra los orígenes de nuestro país y de los poblados del interior”, agrega Rojas.

El investigador gesticula, se emociona y enfatiza en el rol que le ha querido infundir a sus museos: “Siempre hemos tenido la idea de que el museo sea una unidad viva y muy dinámica, donde se conozca la riqueza del desierto que está lleno de cosas por descubrir, y que es importante que sea conocida por los niños. Por eso seguiremos trabajando, especialmente con programas de educación patrimonial e itinerancias con las escuelas de Calama y el sector rural de Alto Loa”, agrega.

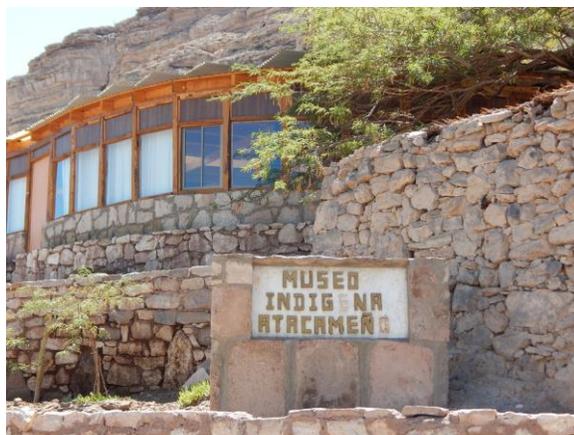


Ilustración 36. ESFUERZO: Con recursos propios Osvaldo Rojas construyó un museo en Lasana. Foto archivo Museo de Lasana.

¹⁴ Es un viaje por la historia de la zona, desde el hombre indígena hasta nuestros tiempos, pasando por el periodo precolombino y el desarrollo de la minería, donde el salitre y el cobre son el punto final.

¹⁵ Es una visión genérica del hombre en la Zona Andina, donde se puede observar a los cazadores, los recolectores, pasando por los diferentes cambios culturales que les ha tocado vivir.

Para Osvaldo el Museo de Calama tiene un lenguaje patrimonial distinto al de Lasana: “Se busca que sea como un viaje por toda la historia de la zona. Allí exponemos la vida del hombre indígena hasta nuestros tiempos, pasando por el período precolombino, el desarrollo de la minera tomando en cuenta el salitre y el cobre como punto final. En ese museo están los juguetes, cuadros y fotografías de personas que ya no están aquí, pero que fueron fundamentales para la historia del desierto”.

En cuanto al Museo Indígena Atacameño del Alto Loa, Rojas detalla que “elegí levantarlo en Lasana, la tierra donde nació mi madre. Su diseño es muy especial, porque uno de los muros del museo es la propia roca de las paredes de la quebrada, donde artesanos, siguiendo un riguroso método, reprodujeron los petroglifos característicos de la zona. Por lo mismo, desarrollamos un programa en Taira que nos permite rescatar en calco las más representativas expresiones del arte pictográfico atacameño”.

La etnografía es otro ámbito que tiene especial importancia en el museo de Lasana. “Reconstruimos una habitación de tipo etnográfica para la cual nos asesoraron conservacionistas y arqueólogos especialistas. Recreamos en ella y en el entorno las condiciones de vida de los habitantes más recientes esto es, de quienes vivieron en la zona en los siglos XVIII y XIX”, agrega Rojas.

A pesar de todo lo que hoy se expone en ambos museos, Rojas señala que tiene una deuda pendiente con el patrimonio de la zona: repatriar el Hombre de Cobre, el cual forma parte de la colección del Museo de Historia Natural de Nueva York. Se trata de un minero aymara que data del año 500 DC y que fue descubierto en octubre de 1899 por el ingeniero francés Maurice Pidot, cuando Chuquicamata aún era una pequeña minera llamada “La Restauradora”.

El relato cuenta que Pidot dirigía faenas para la extracción de cobre cuando una de las laderas cedió con gran estrépito, dejando al descubierto un cuerpo humano que denotaba

no ser contemporáneo, pero que se encontraba aún en muy buenas condiciones. Junto a él había antiquísimos artefactos para sacar mineral y variados utensilios personales.

Oswaldo precisa que “fue el hallazgo de un aymara, que ya en el 500 DC se dedicaba a la extracción de cobre en la zona, lo que simbólicamente marca con claridad la importancia de esta actividad en la historia de Chile. El malogrado primer minero perdió la vida al sufrir el derrumbe y quedarse sin oxígeno. La falta de humedad de la tierra, entre otras cosas, debido a la existencia del metal rojo, facilitó las condiciones para que el cuerpo quedara recubierto por una característica capa verdosa que lo hizo llamar desde el primer momento en que se descubre como ‘Hombre de Cobre’. Pero ahora está en Estados Unidos, cuando debiera estar en Chile. En rigor es nuestro primer minero como tal”.

Consultado por las gestiones que se han hecho para que esta valiosa pieza regrese a Chile, Rojas dice que se han hecho tres intentos concretos, al más alto nivel. La primera en 1990 por encargo del entonces director del Museo de Arte Precolombino, Carlos Aldunate, y del actual Premio Nacional de Historia, Lautaro Núñez, la que se rechazó porque Chile no contaba con la tecnología ni un plan técnico para asegurar su conservación.

En 2005 se hizo un segundo intento a través de la Sociedad Nacional de Minería (Sonami), el Museo de Arte Precolombino y la minera estatal Codelco. Se mantuvo la negativa del traslado, pero se facilitó la intervención de expertos chilenos y estadounidenses quienes hicieron un escáner tridimensional de la momia, lo que permitió construir una réplica ciento por ciento fiel al original. La copia exacta de la momia, por encargo de Codelco, recorrió el país por varias ciudades hasta llegar a su destino actual, que es el Museo de Lasana, donde Oswaldo la cuida como a su propio hijo.

La última tratativa se efectuó en 2011, en un contexto especial: la muestra en Washington de la exposición “Against all odds: Rescue at the Chilean Mine”, dedicada al exitoso rescate de los 33 mineros atrapados en la mina San José. La directora de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile (Dibam) de entonces, Margarita Krebs, se reunió con la directora de Conservación de la División Antropología del Museo de Historia Natural de Nueva York, Judith Levinson.

“Este intento tampoco dio frutos porque el ‘Hombre de Cobre’ es muy frágil y delicado, y se necesitan equipos especiales para su conservación. Chile se comprometió a entregar un plan técnico en cuanto a las condiciones científicas del traslado y conservación, pero han pasado los años y esto, muy a mi pesar, no se ha concretado. Por mientras nos debemos conformar con la réplica exacta que está en nuestro museo de Lasana”, concluye el investigador.



Ilustración 37. HOMBRE DE COBRE: Este es el primer minero indígena que se descubrió en Chile, durante la exploración de lo que más tarde se constituyó en el mineral de Chuqui. Foto propia.

Chiu Chiu, epicentro del catolicismo

La construcción de la iglesia de San Francisco de Chiu Chiu, el primer templo católico del país, no fue casualidad. Fue el propio Pedro de Valdivia quien, apremiado por su musa y amante, Inés de Suárez, decidió su construcción como una muestra de su fe y amor, considerando además que este oasis era uno de los más bellos y de una especial tranquilidad y espiritualidad. Documentos afirman que las obras de la iglesia de Chiu Chiu, Monumento Nacional desde 1951, se hicieron entre 1580 y 1600. No obstante, el actual y edificio definitivo data de 1611.

Sobre las razones de su construcción, la fabriquera Cristina Hrepich destaca que otro de los objetivos de Valdivia, al margen del encargo de Inés de Suárez, fue expandir el catolicismo en Atacama con este primer edificio, tras el cual se sumaron otras iglesias y capillas, como en San Pedro de Atacama: “Este fue el comienzo y el edificio destaca por su estilo arquitectónico colonial. Cuenta con muros de adobe y techo de chañar, algarrobo y cactus, con amarras de cuero en vez de clavos”.



Ilustración 38. BELLEZA: La iglesia de Chiu Chiu destaca por su arquitectura clásica. Foto propia.

Desde el punto de vista eclesiástico, este templo representa la concepción hispánica de la iglesia “encarnada” o “terrenal”, en contraposición con la iglesia “etérea” o “celestial” que representa la iglesia de otros poblados atacameños de Alto Loa, como es el caso de Caspana, constituyéndose además en un valor arquitectónico de gran belleza. Destaca la pureza de sus líneas y la integración formal de sus distintos elementos. Su materialidad se funda en la utilización bastante tradicional de los materiales constructivos de sus congéneres indígenas y sus espacios interiores –de gran austeridad– consiguen la sensación de elevación espiritual con que fue proyectada.

“La Iglesia de San Francisco de Chiu Chiu es parte de lo que fue el Camino del Inca y concentró una gran población de atacameños. Está ubicada en medio del Desierto de Atacama y fue llamada por los españoles ‘Atacama La Chica’. Desde esta zona partió la evangelización católica de Chile, lo que no es menor y constituye todo un orgullo para el pueblo y sus vecinos, porque estamos bendecidos por Dios y nuestro patrono San Francisco, al cual celebramos cada 4 de octubre”, afirma Cristina.

En cuanto al aporte del catolicismo al desarrollo cultural y social, que icónicamente parte en Chiu Chiu, el sacerdote e investigador experto en temas virreinales, el padre Carlos González Riffo, quien vive en Calama, precisa que “desde los albores de nuestra Nación, las órdenes religiosas ocuparon un lugar fundamental en la conformación social del nuevo país. Su misión, centrada básicamente en la evangelización, alcanzó esferas inimaginables y contribuyó con obras concretas a la educación y desarrollo cultural de la población. Desde el siglo XVI se asentaron en nuestro territorio órdenes masculinas y femeninas que difundieron la palabra cristiana y junto a ello construyeron templos y conventos para albergar lo mejor de pinturas y tallas destinadas a propagar la fe. De esta manera conformaron un patrimonio artístico de incalculable valor y pilar fundamental para la evolución de las artes locales”.

El sacerdote explica que “durante el período colonial, el arte sirvió para promover la devoción a Cristo, la Virgen y los Santos. Con este propósito las obras de arte, los lienzos, llegan a los conventos, iglesias, catedrales, casas particulares y monasterios. Por ejemplo, las Monjas Capuchinas no dudan en traer desde Lima los objetos religiosos regalados por el Virrey José de Armendáriz, Marqués de Casafuerte. Es así como llega a Chile un conjunto de imágenes quiteñas como Santa Clara y Santa Coleta, talladas por la mano de Bernardo de Legarda, el maestro mestizo quiteño que tanta fama dio al arte de la imaginería. También, un conjunto de ‘cruces de celda’, verdaderas joyas plásticas en miniatura de origen altoperuano, única compañía en las celdas que aún se conservan. Con este fin devocional y didáctico se fue constituyendo el rico patrimonio de estos templos, cuyos ejemplos son Chiu Chiu y el Monasterio de la Santísima Trinidad de Santiago”.



Ilustración 39. SACERDOTE INVESTIGADOR: El Padre Carlos González ha escrito diversos libros sobre las iglesias y tradiciones del altiplano. Foto propia.

En materia de poner en valor todo este patrimonio y ligarlo a la actividad diaria de la comunidad, el padre Carlos González destaca la importante labor que desarrollan los fabriqueros. Sin embargo, reclama una mayor preocupación de especialistas y técnicos, que debiesen ser coordinados por el Consejo de Monumentos Nacionales y el Ministerio de Cultura para generar políticas de cuidado que sean permanentes: “Los fabriqueros hace esfuerzos loables por proteger y cuidar, pero otra cosa es conservar, ya que se requiere de un mayor apoyo de parte de los organismos pertinentes del Estado, corporaciones culturales, fundaciones y las empresas que operen aledañas o en los territorios donde se emplaza esta riqueza patrimonial, como es el caso de la iglesia de Chiu Chiu”, comenta.

Agrega que “los objetos religiosos, en particular las imágenes, están en su mayoría mal conservados. Son imágenes vivas que acompañan por siglos las costumbres y devociones de los pueblos, manipuladas, trasladadas y expuestas a la intemperie. No se considera su valor patrimonial como objeto, ni se discute su conservación. Reciben sus ‘retoques’, no por manos expertas, sino por la persona designada en el pueblo para ello. A fin de cuentas, son destruidas poco a poco, sin pensar en los siglos venideros. Lo mismo ocurre con los templos. La iglesia de San Francisco de Chiu Chiu, la más antigua de Chile, ha permanecido por años con sus torres dañadas. ¿Cuánto más nos irá a durar? El desierto queda solo con su pasado”.

La tesis de este sacerdote experto en temas patrimoniales también tiene eco en la comunidad indígena de Chiu Chiu, la que a través de su fabriquera reclama reparaciones urgentes, pensando que se trata de uno de los Monumentos Nacionales más importantes que tiene el país. En este sentido, Cristina Hrepich, junto con ser su guardiana, es una de las principales voceras de la campaña que se ha levantado en el pueblo para recuperar este templo, el que ha sido afectado por algunos ataques vandálicos y por movimientos telúricos de gran intensidad, como el terremoto del 2007 de Tocopilla, el que provocó el derrumbe de uno de sus muros traseros.

“Nosotros protegemos hasta donde podemos nuestra iglesia, y hacemos pequeños trabajos de pintura, restauraciones menores y arreglos. Pero hace rato que nuestra iglesia pide una restauración mayor, debido a que son varios los terremotos que ha resistido. Sin embargo, han quedado algunas grietas profundas y se han dañado un par de pilares de la nave central. Pero por ser Monumento Nacional se debe emprender un trabajo especial, el que en algún momento iba a ser liderado por la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas y la Municipalidad de Calama, pero no ha pasado nada. Aún seguimos esperando que nos ayuden a reparar el templo católico más antiguo de Chile”, explica con preocupación.



Ilustración 40. TESOROS: Las imágenes del templo de Chiu Chiu fueron traídos por las huestes de Pedro de Valdivia desde Lima, Perú. Foto propia.

En Chiu Chiu los habitantes más antiguos afirman que la última mantención mayor de la iglesia se realizó en 1980, cuando se agregó barro a la techumbre, y que para evitar nuevos daños se ha prohibido a los turistas subir por las escalinatas del muro externo que llevan al campanario.

Cristina precisa que “hemos golpeado muchas puertas porque este templo es bellísimo y guarda muchas historias. No se puede seguir afectando. Las autoridades nos explican que antes de iniciar los trabajos se debe regularizar el terreno, que es lo más demoroso. Una vez que logremos eso, esperamos que se inicien los trabajos y así la iglesia de Chiu Chiu pueda mostrar un rostro renovado a los visitantes y turistas”.



Ilustración 41. CONSERVACIÓN: No ha sido fácil mantener en pie la iglesia más antigua de Chile, la que es Monumento Nacional. Foto archivo comunidad de Chiu Chiu.

Herencia desde hace 200 años

El título de fabriquera lleva más de dos siglos en la familia de Cristina Hrepic, quien ya se empina en los 70 años, pero muestra una vitalidad envidiable y un carácter apasionado, sobre todo cuando se trata de resguardar a la iglesia más antigua de Chile. “Este título u oficio me lo heredó mi madre, Francisca Chávez, quien a su vez es sucesión de mi abuela Cristina Carrazana Valdivieso, ya hace más de cinco décadas, No sólo cuidamos el edificio, sino todas sus reliquias e instalaciones anexas”, afirma la fabriquera, quien se muestra feliz y contenta por su labor en la cual durante el año es acompañada por Eusebia Ferrer.

“Doña Eusebia es parte del inventario al igual que yo. Nuestra vida es esta: resguardar esta hermosa iglesia y explicar a los turistas, visitantes o feligreses la historia de este templo desde donde prácticamente se inició el catolicismo en Chile, ya que fue construida por orden del mismo Pedro de Valdivia”, afirma.

Pero desarrollar la función de fabriquera no es fácil. Según la propia Cristina requiere de mucha paciencia, carácter y voluntad. “Los fabriqueros tenemos autonomía, determinación. Sin embargo, por respeto y para salvaguardar la participación de la comunidad, en temas que son estratégicos como lo es el cuidado del patrimonio, debemos consensuar muchas opiniones y visiones cuando se trata de proteger un ícono comunitario como lo es una iglesia”, afirma.

Enfatiza que, “en este caso, el desafío es mayor ya que la iglesia de Chiu Chiu, junto con ser Monumento Nacional, constituye una pieza fundamental en la historia de la evangelización de las comunidades indígenas del Norte Grande de Chile y particularmente de pueblos que son reconocidos por su fervor religioso y antigüedad de culto, como lo son los asentamientos de Ayquina, Caspana y Conchi Viejo”.

Cristina es de origen croata, lo que suena extraño en un terreno de atacameños y pasado aymara. Ella lo explica con claridad: “Mi familia, donde se mezcla la etnia likan antay (atacameña), y sangre boliviana, chilena y croata, resguarda esta iglesia desde hace casi 200 años. Yo soy descendiente de los primeros yugoslavos que llegaron a la zona para comercializar la yareta, vegetación típica andina. Desde niños aprendimos a velar por la seguridad del templo, del aseo, de las vestimentas de los curas cuando vienen a dar misa, limpiar y arreglar las imágenes y coordinar las procesiones y todas las actividades que se relacionen con festividades religiosas. Ser fabriquera es una tradición de siglos. Aunque en mi caso, como yo no tengo hijos, no sé a quién heredar esta importante labor hacia nuestra comunidad de Chiu Chiu. Pero ya lo veremos. Estoy sana, con mucha energía y me queda cuerda para rato”.

Cristina, ¿cuáles son los “tesoros” de esta iglesia?

“Una de las ‘joyitas’ que tenemos en Chiu Chiu, es una verdadera obra de arte: se trata de una imagen de madera de Cristo apoyado sobre un pilón, de unos 70 cm de alto, que data del siglo XVI. También contamos con un cuadro de Cristo pintado sobre cuero animal por los dos lados. En el frente aparecen la cara y el tórax, y por el reverso, la espalda. Ambos reflejan los castigos de la flagelación y la crucifixión. En su tipo debe ser un cuadro único en el país y, en Latinoamérica, debe haber pocos en su particular estilo y creación artística. Otro tesoro es la imagen de San Francisco, cuya imagen original se perdió en la Guerra del Pacífico, porque los soldados bolivianos le dejaban una vela en señal de respeto, pero se juntaron tantas que quemaron la imagen”, dice.



Ilustración 42. ARTESANIA PURA: La iglesia de Chiu Chiu no tiene ningún clavo, todo se ha hecho a mano. Foto archivo comunidad de Chiu Chiu.

Cristina precisa que “las reliquias están guardadas en bodegas de la iglesia y en otros lugares para evitar robos. Para conservarlas bien están en zonas oscuras y donde no permitimos visitas ni que les saquen fotos con flash. Lo ideal sería que estuvieran en un museo, pero primero debemos reactivar el proyecto de reparación y conservación del templo y luego ir a un proyecto de tipo cultural que nos permita gestionar los recursos necesarios”.

¿Y cuál es su día más feliz del año en esta labor de fabriquera? Cristina suspira, abre sus ojos y no duda en responder: “El 4 de octubre, cuando en Chiu Chiu celebramos a nuestro patrón, San Francisco de Asís. Las actividades parten con ‘la novena’, o sea que nueve días antes iniciamos los rezos y los preparativos para festejarlo. La imagen la sacamos de la iglesia y la noche de la vigilia la hacemos en la sede de la junta de vecinos con la tradicional ‘entrada de cera’, en la cual se llevan velas y flores que se depositan encima de una larga mesa junto con las hojas de coca, harina blanca para las ‘almas’ y la harina morena para los ‘abuelos’, y vino. Se mezcla la coca con el vino y parte de las harinas y se escancia (rocía) sobre las flores, mientras se echa el incienso. Todo es signo de recordar a los ‘achaches’, a los difuntos, pues no se puede celebrar el presente, sino se está en unión con la tradición del pasado”, cuenta.



Ilustración 43. PATRONO: San Francisco, el gran tesoro de la iglesia de Chiu Chiu. Foto propia.

TESOROS DE TODA UNA VIDA

Pueblos de extremos

El epílogo de este viaje me lleva a la comuna de San Pedro de Atacama, a dos de los pueblos más emblemáticos de la zona: Santiago de Río Grande y Talabre. Allí se encuentran las destacadas artesanas Elena Tito, alfarera, y Evangelista Soza, tejedora, quienes mantienen vivas técnicas ancestrales en la creación de vasijas, adornos, chamantos, frazadas y aguayos, entre otras creaciones.

Santiago de Río Grande es un milenario tambo (lugar de descanso) en la ruta entre San Pedro de Atacama y Chiu Chiu. También es la puerta de entrada del territorio sampedrino, una de las zonas de Chile más visitadas por los turistas extranjeros, mientras que Talabre está situado a las espaldas de la Cordillera de Los Andes y en las faldas del volcán del mismo nombre.

El volcán Talabre se mantiene activo y cada quinquenio despierta con sus imponentes fumarolas, recordando que la historia de la Pachamama está escrita a fuego, cuyos ríos de lava, ahora convertidos en roca, cruzan diversos parajes de la zona como mudos testigos del periodo pre hispánico.

En este sentido es importante resaltar que “la Cultura San Pedro se desarrolló entre los años 400 y 700 d.C., en la cuenca del Salar de Atacama y en la hoya hidrográfica del río Loa. La constituían poblaciones que residían alrededor de los salares y oasis en grandes aldeas. Una de las más antiguas es Tumor, con recintos que tenían complejos sistemas de conexión, y que abarcan un área de aproximadamente un kilómetro de extensión. También se han encontrado pukaras, siendo uno de los más representativos el

de Quito, con más de 160 habitaciones, plazas, pasadizos estrechos y silos para almacenaje”¹⁶.

Para el director y conservador del Museo Padre Le Paige de San Pedro de Atacama, Arturo Torres, la cosmovisión del atacameño está ligada a un profundo apego a la naturaleza, a la cual considera viva. “Cuentan los abuelos que la Pachamama transmite mensajes y puede beneficiar o castigar a una persona o a una comunidad completa si no se la ha tratado con respeto, lo que incluye la entrega constante de ofrendas. En ella se encuentran los antepasados. A la Pachamama le llaman Pat’ta Hoy’ri, su nombre en kunza”, cuenta.



Ilustración 44. CONSERVACIÓN: Arturo Torres (de abrigo negro), es el Director del Museo de San Pedro de Atacama y asesor del Depósito Arqueológico de Calama. Foto propia.

¹⁶ Libro Atacameño, introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile, Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA, Ministerio de Agricultura, Santiago, marzo de 2014, pag 17.-

En esa mirada del mundo es donde las historias de Elena y Evangelina cobran relevancia, porque desde sus respectivos oficios y tradiciones aportan a la mantención de este patrimonio y cosmovisión, no sólo creando piezas que aún se usan como ofrenda, sino además enseñando sus técnicas creativas para que se mantengan en el tiempo.

Elena, pero sin Troya

Elena Tito nació hace 64 años en Santiago de Río Grande y desde que sus ojos vieron la luz y vieron los movimientos nerviosos de sus pequeñas manos, sus padres advirtieron que su hija sería muy especial. Lo confirmaron cuando apenas empezó a caminar y en cómo arañaba la tierra que coronaba los bofedales del estero de su pueblo, durante las largas jornadas de pastoreo en las que acompañaba a su madre.



Ilustración 45. RÍO GRANDE: Esta es la casa de la artesana Elena Tito, Patrimonio Vivo, quien se especializa en conservar la tradición de la alfarería. Foto archivo Ministerio de Cultura.

“A mi mamita le gustaba como yo enterraba las manos en la tierra, como queriendo sacarle los secretos, primero como un juego y luego para rescatar la greda más fina. Ella me enseñó los primeros secretos de la alfarería. Sin embargo, no alcanzó a ver mis trabajos más elaborados ya que cuando cumplí los cinco años, ella se fue al cielo. Lloré mucho, mucho, y lo único que me consolaba era amasar la tierra, con cariño, recordando sus consejos y los juegos de niños a la orilla del río Grande, donde pasábamos muchas horas juntas pastoreando el ganado y contemplando cómo el río se perdía aguas abajo. Cuando fui creciendo empecé a jugar con el barro, tratando de darle forma y, mi mamita, al ver mi interés, me fue enseñando algunas técnicas que la abuela a su vez le había traspasado”, relata Elena.

En la ausencia de la madre fue su abuela, Pascuala Vilca, quien moldeó el don especial que tenía Elena y la convirtió en artesana, heredando las técnicas de alfarería más antiguas de la cultura pre Tiwanaku, cuya data es de tres mil años antes de Cristo, cuando los pueblos de la zona eran nómades y viajaban constantemente por la puna atacameña en busca de forraje y alimento.

Gracias a este aprendizaje, la técnica ancestral de la abuela Pascuala se ha conservado como un tesoro vivo, un conocimiento que a su vez Elena ha transmitido a sus pares atacameños y traspasado en capacitaciones y asesorías a diversas escuelas rurales y urbanas de San Pedro de Atacama, Calama, Baquedano y Sierra Gorda, entre otros poblados de la zona.

“Una de las cosas que más me gusta es enseñar como lo hizo mi mamita y mi abuela conmigo. Los niños son mis preferidos, porque me generan recuerdos de mi propia niñez, cuando por primera vez le fui dando forma al barro y luego aprendí a distinguirlo de la greda, que es lo que hace especial a la alfarería. Por eso a mí me gusta usar siempre la greda de Río Grande, porque tiene un brillo especial y se puede moldear con facilidad para hacer platos, vasijas para el agua o para piezas que necesitan mayor atención y

cuidado, como los utensilios ceremoniales que los atacameños usamos en nuestros rituales milenarios que vienen desde los tiempos, desde que los incas invadieron estas tierras”, cuenta.



Ilustración 46. LEGADO: Elena no sólo ha enseñado a su familia la técnica de la alfarería. Sus conocimientos los ha compartido en escuelas rurales indígenas y en la ciudad. Foto propia.

De las capacitaciones y de sus talleres realizados en las escuelas de la región, Elena tiene una anécdota muy especial, ocurrida en el pueblo de Baquedano. Dice que uno de los padres quiso ver cómo su hijo aprendía a moldear la greda y cuando se asomó por la puerta de la sala de clases la saludó en forma muy entusiasta agradeciéndole por las enseñanzas de la técnica ancestral de la alfarería.

Elena explica que “cuando me saluda, me pregunta mi nombre, y yo le digo sonriendo: ‘Elena’. El responde ‘¡ah!, como Elena de Troya, pero sin Troya’. Me dio mucha risa ese comentario y luego sentí tanta curiosidad de saber quién era Elena de Troya. Cuando me pude informar, claramente pude ver que somos dos mujeres muy distintas, de épocas y mundos muy distintos. Pero me pareció muy gracioso, porque nunca nadie había hecho alcance alguno a mi nombre”.



Ilustración 47. MANOS PRODIGIOSAS: Ya sea con greda o barro, las manos de Elena van moldeando las más increíbles figuras. Foto archivo de Elena Tito.

Sobre el futuro que tiene la alfarería indígena atacameña, Elena asegura que “lo importante es dejar un legado, enseñarles a las nuevas generaciones. Por eso me he preocupado, primero, de que mis hijos aprendan de este conocimiento que heredé de mi mamita y mi abuela Pascuala, porque, como lo dije antes, esto viene de generación en generación y no se puede perder, tiene que quedar en la familia. En segundo lugar, quiero enseñar este hermoso arte a otras personas de la comunidad, tanto de acá de Río Grande como de San Pedro de Atacama, y en otros poblados donde necesiten saber cómo hacer alfarería atacameña. Incluso, he viajado hasta Santiago a varias exposiciones

donde aprovecho de hacer algunas clases en vivo para que la gente vea que es muy bonito hacer este trabajo”.



Ilustración 48. COMPARTIR CONOCIMIENTOS: Una de las pasiones de Elena es conservar las tradiciones ancestrales y qué mejor hacerlo enseñando a las nuevas generaciones como los niños.
Foto archivo de Elena Tito.

Tesoro Humano Vivo

Fruto de este incesante trabajo por mantener vivo este arte ancestral, Elena Tito es considerada un “Tesoro Humano Vivo”¹⁷, distinción entregada en 2015 por la Unidad de Patrimonio Cultural del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA). Según el organismo, la distinción que ostenta la alfarera “es la instancia oficial de reconocimiento que el Estado chileno otorga a personas y comunidades portadoras de manifestaciones del patrimonio cultural inmaterial de alta significación para el país y las comunidades locales, o bien, a aquellas expresiones que presentan riesgos para su continuidad”.

¹⁷ Se entrega en distintos ámbitos culturales como la literatura, habla local, música tradicional, festividades, prácticas gastronómicas o medicinales, técnicas constructivas, manualidades, entre otras.

Este reconocimiento que recibió Elena Tito también fue creado para reconocer el patrimonio cultural inmaterial de los países e implementado en Chile desde el 2009 por propuesta de la Unesco. Al respecto, Elena Tito puntualiza, “en agosto de 2015 me llamaron y me dijeron que me había ganado este premio. Para mí es un gran orgullo esta distinción porque se reconoce el aporte de la cultura atacameña y que el patrimonio hay que conservarlo, como lo estamos haciendo en mi Santiago de Río Grande, donde existen otras personas que también conservan actividades ancestrales”.

“Este premio también es un reconocimiento para mi familia que, en sus distintas épocas, ha tratado de cuidar la tradición, la costumbre de cómo nos enseñaron los antiguos abuelos. Solo espero que esta huella perdure por siempre y no se la lleve el tiempo como me enseñó mi abuela y mi mamá. Esto no se puede perder”, concluye.



Ilustración 49. PATRIMONIO VIVO: Elena se siente orgullosa por lo logrado, y sobre todo, por conservar una tradición que le fue legada por su abuela, Pascuala Vilca. Foto archivo de Elena Tito.

El pueblo que duerme abrazado a un volcán

Talabre, a 3.250 metros sobre el nivel del mar, es el último asentamiento en el pedregoso camino del paso Huaytiquina, el que conecta con la frontera con Bolivia. Aunque está ubicado a sólo 60 kilómetros del afanoso San Pedro de Atacama, el lugar parece atrapado por el tiempo, sorprendiendo, además, por el silencio y un aire de misticidad y poderosa energía.

Más que mal, Talabre duerme bajo el volcán Lascar, en kunza lengua de fuego, el que debido a sus continuas erupciones y riesgo aluvional, a principios de los años 80 obligó a la relocalización del poblado, desplazándolo más de 7 kilómetros desde su ubicación original. Sin embargo, la erupción más grande se vivió en 1993, lo que hizo temer la desaparición definitiva de esta comunidad.



**Ilustración 50. VOLCÁN LASCAR: Es uno de los volcanes de Chile que más registra actividad.
Foto archivo diario El Mercurio de Calama.**

Pero a esta aura especial se suma la ubicación privilegiada del pueblo, lo que permite conocer su herencia ancestral, como, por ejemplo, caminar por Talabre Viejo, explorar las faldas del volcán Lascar, visitar la Quebrada de Kezala, recorrer cultivos agrícolas, disfrutar de gastronomía atacameña y conocer su artesanía. Además, esta comunidad ofrece a los turistas participar de ceremonias patrimoniales, como la que se celebra el 7

de octubre donde se recrea el Baile del Llamero para conmemorar a la patrona del pueblo, Nuestra Señora del Rosario, o las tradiciones del Convido, que es el pago del agua y a la tierra, el que también se hace subiendo a las faldas del Lascar.

Precisamente, con el paso de los años la popularidad del volcán ha pasado a segundo plano y hoy Talabre es noticia por sus generosos cultivos, la ganadería auquénida y los telares de Evangelista Soza, de 74 años, una de las últimas cultoras de este oficio en la cuenca del Salar de Atacama. Esta artesana hila y teje desde los seis años como una forma de rebelarse al mandato de su padre, quien quería que la niña primero fuera pastora, como lo mandaba la conservadora tradición atacameña.



Ilustración 51. TEJIENDO SUEÑOS: Desde niña Evangelista Soza teje en su natal Talabre. Nunca quiso ser pastora porque su gran pasión siempre fue hilar y trabajar la lana. Foto archivo de Evangelista Soza.

“En cierta manera yo me aproveché del hecho que ninguna niña chica de Talabre tejía y, como no quería ir al cerro con los animales, le decía a mi papá que quería tejer y tejer, aunque a veces me obligaban y partía enojada para el cerro. Este oficio lo heredamos de mi bisabuela quechua, quien era muy buena tejiendo, por lo que finalmente la familia decidió que este arte no se perdiera y se fuera heredando, sobre todo la técnica del telar y el tejido con espinas de cactus. A su vez yo le enseñé a mis hijas y nietos. Esa es la historia”, afirma.



Ilustración 52. MUJER DE ESFUERZO: Eva teje desde los 6 años y no ha parado de trabajar porque la vida en el altiplano es dura y todos debe cooperar para sobrevivir. Foto archivo del Ministerio de Cultura.

Evangelista cuenta recordando su niñez que junto con tejer e hilar lana que iban a buscar a San Pedro o Machuca, disfrutaba de los ritos que hacía su padre para que la Pachamama fuera generosa con los alimentos y protegiera a la familia de todo mal o enfermedades.

“Cuando estaba por llegar la Navidad, mi papá nos reunía a todos, y no podía faltar ningún hermano. Juntábamos arcilla o greda y nos hacía modelar figuras de animales como llamas, ovejas, perros, de todo, menos culebras o lagartijas. Cuando teníamos listas las figuras, mi papá salía al amanecer hacia el cerro, a un lugar secreto de nacimiento de aguas. Allí enterraba a todos los animalitos de greda para que el cerro sagrado fuera generoso, el ganado se cruzara y para que vinieran crías en abundancia. Y así nunca faltó la comida en la casa y nosotros crecimos sanitos”, relata.

A modo de referencia, se dice que los grandes sitios ceremoniales de San Pedro de Atacama, como los que utilizaba el padre de Evangelista están en las cumbres del volcán Licancabur y cerro Quimal. Allí se han encontrado diversas figuras de barro y plata, principalmente llamas, lo que coincide con el relato de la artesana.

Evangelista, tejedora de sueños y futuro

Gracias a la valiosa labor de la tejedora Evangelista Soza, Talabre se niega a morir y mantiene firme sus tradiciones y costumbres, resistiendo la transculturización y otros procesos internos que viven algunas comunidades atacameñas como baja natalidad, emigración hacia Calama, disminución de las superficies cultivadas, venta de derechos de agua y cesantía, entre otros factores.

Evangelista comenta que más allá de la tradición de tejidos de los poblados, su abuela le comentaba que la mayoría de las comunidades atacameñas combinaban el arte textil con la cerámica, sobre todo en la confección de ofrendas o en los rituales, como el pago a la tierra, lo que se confirma con los hallazgos arqueológicos en la zona.

“A nosotros nos contaban los abuelos y papás que por estas tierras muchos pueblos caminaron buscando hacer trueque y tener una mejor vida. Y así se fueron intercambiando no sólo alimentos y artesanía, sino también costumbres, especialmente con antiguas comunidades del lado argentino”, argumenta.

El director del Museo de San Pedro, Arturo Torres, junto con destacar el importante papel que tiene Evangelista Soza en la conservación textil de las comunidades de la cuenca del Salar de Atacama, refuerza que esta combinación textil-cerámica, la fusión de estilos, proviene del milenario intercambio intercultural con comunidades bolivianas y argentinas.



Ilustración 53. HERENCIA: El arte textil juega un rol fundamental en el desarrollo de las comunidades indígenas del norte de Chile, por eso tratan de preservarlo y legarlo. Foto propia.

Explica que “los pueblos andinos han tenido desde tiempos inmemoriales una gran movilidad e intercambio con culturas de localidades foráneas, Es así como el textil atacameño (al igual que el colla, por ejemplo), está también fuertemente influenciado por la interacción con poblaciones del noroeste argentino. Producto de ello, se registran entre el patrimonio textil atacameño alforjas y cobertores bordados, peleros, frazadas y muchas otras piezas textiles que exponen claramente esta fusión de tradiciones, lo que sin duda enriquece el arte”.

En cuanto a la conservación de este oficio, pese al rápido avance de la modernidad, Evangelista Soza, quien tiene a su haber diversas exposiciones en Santiago y otras

ciudades del país, afirma que el pueblo de Talabre seguirá resistiendo y sus tradiciones y costumbres no desaparecerán, como algunos auguran.

“Si el volcán hace más de 30 años nos quiso hacer desaparecer y lo vencimos, hoy con mayor razón debemos seguir trabajando en comunidad y buscando el bien de todos. Porque por algo estamos vivos y el pueblo sobrevivió a esa erupción”, dice.

Concluye que “seguiremos acá en Talabre, como siempre, a los pies del volcán, porque aquí están los mejores años y recuerdos de nuestras vidas. Es lo más maravilloso esta tierra, los animales, nuestra gente, estamos muy orgullosos de quienes somos. Y yo por mi parte seguiré tejiendo en el telar hasta que las fuerzas me acompañen, porque esta tradición no se puede perder, debe quedar para siempre como nos enseñaron los abuelos”.



Ilustración 54. EL SECRETO DEL TELAR: Evangelista dice que el secreto de un buen tejido está en la lana, la que debe prepararse adecuadamente. Foto archivo de Evangelista Soza.

La última página de Leandro Aymani

Durante el desarrollo de esta crónica, el 15 de mayo de 2017, falleció en Calama uno de los principales protagonistas e inspiradores de este trabajo, Leandro Aymani, el último minero y cuidador de Conchi Viejo, a quien siempre consideré un amigo, y a quien traté de ayudar infructuosamente con médicos especialistas de Antofagasta. Finalmente, mi amigo no pudo resistir un cáncer el que apagó su vida a los 81 años. Su cuerpo descansa al alero de la iglesia Monumento Nacional de Conchi Viejo.

Con la partida de este hombre sabio y sencillo, nacido en Chitigua, cerca de Ollagüe, se fue parte importante de la historia de Conchi Viejo, donde vivió sus días más felices. Este documento es un homenaje a su memoria, y un reconocimiento en vida su hermana María, la última pastora y habitante de este poblado minero de Alto Loa.



Ilustración 55. LEANDRO AYMANI: Su cuerpo descansa en el cementerio indígena de Conchi Viejo, su recuerdo vivirá por siempre en el corazón de quienes lo quisimos. Foto propia.

BIBLIOGRAFÍA

Entrevistas personales en orden de aparición en la crónica:

DIEGO SALAZAR, arqueólogo, académico y asesor patrimonial de Minera El Abra, Santiago, 10 de marzo de 2017.

RENÉ HUERTA, ex Director del Área de Patrimonio de la Corporación de Cultura y Turismo de Calama, Calama, 15 de abril de 2017.

LEANDRO AYMANI, último minero y cuidador de Conchi Viejo, Conchi Viejo, 15 diciembre de 2016.

SANDRA YÁÑEZ HUANUCO, presidenta de Comunidad Indígena de Taira, Taira, 16 de diciembre de 2016.

LUISA HUANUCO, fabriquera de la iglesia de Conchi Viejo, Taira, 16 de diciembre de 2016.

MARÍA AYMANI, última pastora de Conchi Viejo, Conchi Viejo, 15 de diciembre de 2016.

HUGO GALLEGUILLOS, ex presidente de la comunidad de Lasana, Lasana, 10 de enero de 2017.

EVA LÓPEZ, la tejedora de mayor experiencia del norte de Chile, Lasana, 10 de enero de 2017.

CRISTINA HREPICH, fabriquera de la iglesia de Chiu Chiu, la más antigua de Chile, 11 de enero de 2017.

OSVALDO ROJAS MONDACA, experto en patrimonio y arqueología, Lasana, 11 de enero de 2017.

CARLOS GONZÁLEZ, sacerdote y experto en historia y patrimonio, Calama, 12 de enero de 2017.

ARTURO TORRES, director y conservador del Museo Padre Le Paige de San Pedro de Atacama, 24 de enero de 2017.

ELENA TITO, artesana en greda y Tesoro Humano Vivo, Río Grande, 13 de enero de 2017.

EVANGELISTA SOZA, tejedora y artesana, Talabre, 14 de enero de 2017.

Libros consultados

BUSTOS, A (1999). Etnografía Atacameña. Chile: Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Antofagasta.

CARVAJAL, V (2016). Pueblos Originarios de Chile. Chile: Ediciones Sol y Luna Libros.

GLEISNER, C; MONTT, S (2014). Quechua, Serie Introducción Histórica y Relatos de los Pueblos Originarios de Chile. Chile: proyecto de la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA), aporte del Fondo Nacional para el Desarrollo de la Cultura y las Artes, Fondart, Línea Bicentenario.

GUNDERMANN KRÖLL, H; GONZÁLEZ CORTEZ, H (2009). Sociedad Indígenas y Conocimiento Antropológico, Aymarás y Atacameños de los Siglos XIX y XX. Chile: Chungará, Revista de Antropología Chilena, Arica.

JIMÉNEZ BLUHM, F (2011). Artesanía Atacameña para Hacer y Conocer. Chile: Ediciones Mis Raíces.

LE PAIGE, G; BITTMAN VON HOLLEUFER, B; NÚÑEZ A., L (1972). Cultura Atacameña. Chile: Departamento de Arqueología de la Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

NÚÑEZ A, L (2007). Vida y Cultura en el Oasis de San Pedro de Atacama. Chile: Editorial Universitaria.

SALAZAR, D (2009). Tras la Senda del Cobre Atacameño, la Historia Minera de San José de El Abra. Chile: Impresión realizada por Sociedad Contractual Minera El Abra, Calama.

VARIOS AUTORES, Colección Patrimonio (2008). Chile Artesanal, Patrimonio Hecho a Mano, Estudio de Caracterización y Registro de Artesanías con Valor Cultural y Patrimonial. Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

VARIOS AUTORES (2013). Pueblos Originarios y sociedad nacional en Chile: La interculturalidad en las prácticas sociales. Chile: Programa Fortalecimiento de las Capacidades Nacionales para la Prevención y Gestión de Conflictos Interculturales, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Santiago, julio de 2018